



Feliz Navidad

ILUSTRACIÓN SUPLEMENTO TRES MIL / ELVIS AVID GUZMÁN



cuento

UNA ESTRELLA SOBRE EL PESEBRE

GABRIEL MORAES
Escritor

La pobreza es una realidad en muchas vidas, campos y ciudades, pero nadie debe anteponerla como motivo para negarse a cumplir con las tradiciones heredadas desde tiempos ya muy lejanos. Todos los años, por esta época de la navidad, en la mayoría de casas, más bien en un lugar visible de ellas, se tiene la costumbre de poner el nacimiento del niño Jesús....

Ernesto desarrinconó las cajas guardadas y con un pañal húmedo fue sacando y limpiando adornos, imágenes de barro y guías de luces. Le encantaba hacerlo y como siempre perdía la apuesta por su carácter hosco, el semblante de la cara le cambiaba por la emoción, saliéndosele como el sudor surcando su cabeza y frente lampiña. La apuesta familiar consistía en que la persona que se encaminara los doce meses lo más alejado del bien, a esa le correspondería armar el pesebre de la sagrada familia, rodeada de los tres reyes magos, el buey y el burro, sin faltar el árbol y el horizonte de papel periódico machacado por donde asomaría la estrella.

Las muchas ocasiones pasadas en las cuales ganó por unanimidad, habían hecho de Ernesto el mejor conocedor del teje y maneje para poner en un dos por tres el nacimiento: siempre me pasa esto-dijo-, ya van varias veces y cuando llego al momento de preparar el pesebre, a pesar de probar las luces y encender sin fallo alguno, al terminar de colocar los focos intermitentes y conectar la guía al toma, no furulan, no iluminan para nada... La navidad anterior fue lo mismo, me da problemas y no sé porqué. ¿De verdad? Le respondió su primo hermano Mario, no estás mintiendo. No te estoy dando paja, si quieres terminalo, tal vez a vos no te saca las canas, de todos modos no se te van a echar de ver, viejo...

Ambos eran uña y carne, buenos para hacer de un vaso de agua una tormenta y no se dejaban sorprender de nadie. Sabes que es lo que pasale contesto el Mario- y está escrito en la Biblia: como sólo una estrella anunciaba la llegada del Colocho, vos le estás poniendo bastantes, proba con una, quien quita es eso. Los dos somos más pecadores que los fariseos, pero no sé porque se me salió por la boca lo que te dije...

Ernesto le quitó la mayoría de estrellas a la guía y únicamente quedó una en lo alto del pesebre. Al conectarla, alumbró como si alguien hubiese dicho "hágase la luz..."

Se miraron en silencio y no quedó más remedio aceptar que el mensaje iba para ellos dos, la voz de Dios les había caído como un rayo cargado de ternura, fundidos en un abrazo, y con lágrimas de auténticos hombres enrojeciéndoles los ojos, prometieron mejorar su comportamiento porque mientras haya vida, nunca es tarde para enderezar los pasos.

Juan Baina y la prehistoria

17

por NETO



DESDE AZTLÁN

Quien habla...

Quien habla los muertos sabe. Quien habla los muertos, conoce. Quien habla los muertos indaga.



RAFAEL LARA-MARTÍNEZ
(New Mexico Tech,
soter@nmt.edu)
Desde Comala siempre...

La ausencia de árboles. La falta del verde. El ras rapado de un páramo sin fronda. Quien habla los muertos, mira los arbustos deshojados. Diminutos, en arraigo a la piedra. La montaña lejana, sin vocación de trigo ni bosque. Hasta desfallecer en sí mismo y hablar de la Muerte como quien habla de la vida.

Navidad y amor



**MAURICIO VALLEJO
MÁRQUEZ** COORDINADOR

La vida puede compararse a muchas cosas, pero su valor está más allá de esas comparaciones. Algunos la comparan con el cine, con el teatro o con una novela, incluso con un poema. Pero la vida es algo más allá, más intensa que cualquier otra cosa y por lo tanto con mayor valor, es nuestra existencia. Toda existencia debe tener una razón, la vida de las personas sirve para inspirar a otros o para enseñarles cómo actuar, personas que cambiaron el mundo, que dieron todo de sí, que se entregaron a sí mismas como verdaderos regalos de amor como el caso de Yashua Ben David o como es más conocido Jesús Hijo de David.

Según la tradición cristiana, Jesús Cristo nació el 25 de diciembre en Belén y por esta razón se celebra cada año la Navidad, fiesta que no sólo recuerda la llegada de Jesús al mundo, su destacada vida y el sacrificio que 33 años después realizaría por la humanidad y su resurrección; así como sus múltiples enseñanzas de amor y de cómo vivir la vida, que no fueron resumidas en palabras, sino que en hechos. Más de dos mil años después esas lecciones de amar al prójimo como a uno mismo siguen siendo igual de válidas e importantes que aquellos días en que el Maestro recorría Galilea y Jerusalén. En los tiempos modernos las naciones de tradición cristiana la celebran con una cena y obsequiándose presentes. En El Salvador se realiza la cena y la entrega de regalos, pero también se acompaña de bebidas y quema de pólvora, que termina empañando la celebración y olvidando el centro de la fiesta: Jesús y su amor al mundo.

Sin amor no se puede avanzar, todos los seres humanos lo requieren. Los niños urgen el amor de sus padres, los cónyuges de igual forma más que los presentes o que la quema de pólvora. El amor trae como consecuencia la misericordia y la solidaridad que son los presentes que debemos dar en todo momento. Es necesario recordar en esta víspera de Navidad que aún se debe de mejorar en nuestras sociedades y que debemos entregarnos a los otros.

Jesús obsequió su vida como un inmenso regalo de amor. ¿Por qué nosotros no podemos hacer lo mismo? Dar lo mejor de cada uno para hacer del mundo un lugar mejor, un lugar lleno de amor.

<http://vallejomarquez.blogspot.com>

Navidad: de la imposición al placer

SAÚL CAMPOS MORÁN
Antropólogo

El periodo de conquista y colonización español sobre los territorios americanos que tuvo lugar desde el siglo XV hasta el siglo XIX consistió en un sincretismo cultural caracterizado por una imposición sistemática de las tradiciones y la religión de la cultura dominante, en algunos casos fundiéndose y en otras reemplazando completamente a las tradiciones de los pueblos autóctonos que recibieron el yugo colonial, perdiéndose así muchas tradiciones que hoy en día la etnoarqueología se esfuerza por rescatar, y que amenazan con perderse cubiertas por los velos del tiempo por la eternidad.

Al ser la navidad un elemento eminentemente religioso en su origen, es fácil asociar su llegada a nuestras tierras mediante este proceso. Históricamente, se tienen registros de celebración de la navidad desde el siglo IV, en Roma, incrementando y difundiendo su práctica hacia los diferentes países conforme pasaron los siglos, hasta haberse convertido en una celebración de amplia difusión en el continente Europeo (aunque esta era principalmente celebrada por los nobles y terratenientes, muchos de los cuales intercambiaban regalos en términos políticos durante la celebración). En América, la celebración del nacimiento de Jesús y el seguimiento del calendario litúrgico derivó en la adopción de la navidad como una festividad más del conglomerado de importaciones.

Sin embargo, la navidad como la conocemos hoy en día comenzó a formarse en el siglo XIX, época en que los debates sobre la validez de la celebración de la navidad en los países anglosajones consiguió llegar a un punto de equilibrio. Fue en esta época donde comenzaron a popularizarse los que ahora son los iconos modernos de la celebración decembrina, los árboles de navidad, las pascuas, Santa Claus, el pavo, etc.

Por otro lado, en nuestros países la tradición se construyó sobre un paradigma más religioso, donde la navidad representaba el nacimiento de Jesús, y el intercambio de re-

galos era correspondiente con la celebración de los reyes magos, todo esto enmarcado en un paradigma de rigurosa religiosidad, que si bien hacía de la navidad una fiesta, también la consideraba como una estricta tradición con un fuerte componente doctrinal.

Pasaron los años, llegó el siglo XX, y con éste, la globalización y el acercamiento económico y social entre los países que compartían tipos de mercado y estrategias de desarrollo social similares, resultando en una nueva forma de sincretismo, donde los elementos de una cultura comenzaron poco a poco a desplazar a los de la otra, ya no por imposición a través de la espada, si no por el más sutil y mucho más devastador deslumbramiento.

La navidad poco a poco está muriendo, y lo que queda, y lo que celebramos hoy en día, es la navidad de los regalos.

miento. Los elementos de la otra cultura fueron tan encantadores, que de la misma forma en la que nuestros antepasados cambiaron su oro por espejos, así nuestros países de la época mercantilista adoptaron poco a poco nuevas tradiciones, reemplazaron símbolos y adoptaron nuevas cosmovisiones en torno a la celebración. El niño Dios aún está vigente en nuestros días, pero no tiene la fuerza y la presencia del icono que constituye Santa Claus, lo mismo que los reyes magos. La navidad, igual que la semana Santa, poco a poco cae en una dinámica cultural de mercado, producto de la pérdida de su carácter doctrinario y la preponderancia de elementos que antes eran secundarios, y que ahora parecen ser las estrellas de la época: los regalos.

Usamos el nombre de la navidad, pero no la celebramos. Un fenómeno cultural muere y se convierte en otro cuando la sociedad lo considera y lo celebra como algo diferente de lo que era. La navidad poco a poco está muriendo, y lo que



El vendedor de Navidad por Elvis Avid Guzmán.

queda, y lo que celebramos hoy en día, es la navidad de los regalos. Un país con un índice de Desarrollo Humano como el nuestro, con problemas de educación, salud, economía y convivencia social, debería considerar celebrar una navidad más orientada a compartir y a amar y dejar de lado una cele-

bración que nos obliga a gastar lo que no tenemos, aún y cuando nuestra futuras generaciones ya están endeudadas.

Diferentes religiones tienen diferentes puntos de vista de la realidad, e indudablemente la navidad es una celebración cristiana, pero no debemos olvidar que al final,

todos buscamos lo mismo: llegar a la verdad y vivir en este mundo de la mejor manera posible; de tal forma, solo con tolerancia y deseo de paz, podremos contribuir a que la navidad, desde nuestros corazones, contribuya a que la sociedad se mueva en la dirección que todos queremos.

Mimesis

No hay más
remedio que
confiar en
ciertas
definiciones.

ÁLVARO RIVERA LARIOS
Escritor

No hay más remedio que confiar en ciertas definiciones. Hasta la frase más vulgar daría pie a un incómodo papaleo, si tuviéramos que rendir cuentas del significado de cada

uno de sus términos. Por razones prácticas, damos por supuesto el sentido de la mayoría de las expresiones que intercambiamos en la vida cotidiana. Pero al buscar una mayor precisión o al surgir diferencias interpretativas, solemos acudir al arbitraje semántico de los diccionarios. En su autoridad se apoya la gente para diseccionar el interior de las palabras. Pero así como Descartes juzgaba que al menos una vez en la vida era necesario someter a crítica todas las ideas, lo mismo sería recomendable hacer con todos los diccionarios.

Un diccionario debería de ir acompañado con una gran advertencia: Aquí no están todos los términos ni todos sus posibles significados: algunos, porque están muertos; otros, porque no están admitidos; otros, porque sencillamente no cabían; y bastantes, porque han permanecido invisibles para los cumplidores de ésta obra.

Vayamos a un diccionario y abrámoslo por la letra M. Con el dedo índice y el ojo alerta, busquemos el término “mimesis”. Sus tres sílabas unidas recuerdan el movimiento preciso de una bailarina o parecen un cofre pequeño que ha ido pasando de mano en mano a lo largo de los siglos. Es de plata y suelen abrirlo quienes frecuentan el misterio de los idiomas antiguos.

Ay; las palabras antiguas. Se exhiben como joyas, como restos preciosos de un tesoro extraviado que da prestigio a quienes trafican con ellos. Julien Sorel, el modesto hijo del carpintero, el héroe turbio decapitado por Stendhal, no se valió de una pócima amorosa para entrar en los aposentos de Madame de Renal.

Le bastó con pronunciar unas cuantas frases en latín.

Pero no nos perdamos y preguntémosle al diccionario de la Real Academia de la lengua qué significa la palabra “mimesis”. He aquí su respuesta: 1. En la estética clásica, imitación de la naturaleza que como finalidad esencial tiene el arte. / 2. Imitación del modo de hablar, gestos y ademanes de una persona. Este brevísimo inventario donde solo se registran dos acepciones tiene tanta importancia por lo que dice como por lo que deja afuera.

Un lector moderno, un lector atrapado en las urgencias actuales, no necesita conocer la prehistoria de su lenguaje.

Pero en sus remotos orígenes griegos, la mimesis estaba vinculada con la fiesta religiosa. Por medio del canto, la música y la danza se mimetizaban, se re-presentaban los mitos. Imitar al dios y su aventura suponía una metamorfosis, una encarnación en la que era dudosa la frontera entre “los actores” y aquello que re-presentaban.

A través de la mimesis, lo trascendente – vuelto música, palabra e imagen – era accesible a los sentidos y circulaba como una experiencia comunal en la fiesta. El dios que accedía a la visión y el oído era una experiencia social y vital y se reforzaba como certidumbre. La relación entre mimesis y verdad ya late ahí. No se puede decir que los primeros griegos imitasen a la naturaleza, tal como nosotros la entendemos. Sus descripciones de los objetos y las personas, por mucho que nos resulten familiares, estaban insertas en un cuadro espacio temporal impregnado de unas particulares connotaciones mitológicas y filosóficas. La cercanía de las descripciones homéricas, por ejemplo, nos oculta su gran distancia cultural respecto a nosotros.

A pesar de lo que diga la Real Academia, en la estética clásica no hubo unanimidad respecto a lo que se entendía como “el fin esencial del arte”

(imitar la naturaleza). Y dicha unanimidad no existió porque nunca hubo acuerdo entre los pensadores de aquella época en lo que respecta al modo de entender la naturaleza, la experiencia y sus complejas relaciones con el lenguaje. Platón, por ejemplo, no aceptaba que la imitación de la naturaleza estuviese supeitada a los sentidos. Según él, todo lo que un hombre toca, escucha, mira y huele lo ata al gran escenario de las apariencias. Todo nuestro mundo es una sombra, un fantasma. La verdadera naturaleza no se percibe inmediatamente, para llegar hasta ella hay que conquistar una visión liberada de las sensaciones brutas. Una mimesis verdadera vendría a ser una re-presentación cribada, purificada y perfecta de aquella “realidad” que cuesta ver. El filósofo niega el arte-sensación en favor del arte- iluminación. El detalle tiene que estar al servicio del iluminado conjunto. No se imitan las impurezas, los accidentes, se imita lo esencial, lo eterno, lo modélico, lo que debe ser. Se introducen los hechos, las personas, el lenguaje dentro de una forma idealizada. Parmenidiano y moralista que era, Platón estimaba que, por definición, un héroe nunca llora. De ahí que censurase el llanto de Aquiles en la Ilíada. Si viviese ahora, el filósofo griego no se decantaría por la fotografía realista sino que por el uso ideológico, intensivo y sistemático del photoshop.

Estamos, pues, frente a un término que no puede comprenderse al margen de la cultura y los sistemas filosóficos donde aparece inserto. A lo mejor es posible emparentar todas las visiones de “la mimesis” en una sola, limpia y abstracta definición, pero su riqueza como objeto, experiencia y reflexión se perdería si olvidásemos todos los rastros, rostros y estructuras en que se han presen-

tado. Sin ir más lejos, en un hombre como Aristóteles, crecido bajo el amparo de la academia platónica, las artes ya no establecían el juego de la semejanza y la representación con una naturaleza caída en desgracia.

A finales del siglo XVIII se declaró muerta oficialmente a la mimesis. Sus primeros enterradores fueron los poetas y filósofos románticos. A principios del siglo XX, la vanguardia se declaró libre, por fin, de la ley de la gravedad. Pero todas esas muertes no han eliminado esa atracción tan fuerte que se da entre la forma liberada y esa realidad que ya no representa. Puede decirse que en el arte contemporáneo la mimesis sobrevive como un fantasma, como nostalgia innominada del objeto y de la vida.

Y volviendo al principio, y para no olvidar los diccionarios, conviene recordar que, por muy útiles que sean, nos presentan las palabras como si fuesen insectos disecados y abstraídos de las complejas redes vitales y filosóficas en que se han desarrollado.

A finales del siglo XVIII se declaró muerta oficialmente a la mimesis.

A menudo se olvida que la mimesis, tal como podían entenderla algunos poetas y filósofos griegos, no se reduce a una representación visual y servil de los objetos. La mimesis del poeta va más allá del ojo y abarca el oído, es decir, todo el cuerpo. La mimesis sería una voz, una escritura, un auditorio y un lector donde no se separan el mundo, la mente y los latidos de la sangre. El poeta busca un ritmo en el poema que se corresponda con el objeto de su canto. Los eventos del mundo tienen un latir que el poeta escucha, dice, re-presenta, re-vive en la danza comunal de la memoria y el retorno, para que vuelvan a sentirse lo pasado y lo muerto y comuniquen su sentido y su latido en el presente. La palabra del poeta aproxima, como una vivencia integral, lo au-

sente y lo invisible. La máquina de la re-presentación es un mecanismo virtual que imita la vida, la experiencia integral de los objetos lejanos e invisibles. Los cinco sentidos de lo imaginario establecen un puente entre las partes más alejadas del universo. Es así como el lector entra en contacto con el fantasma de Ulises, es así como Ulises dialoga con el fantasma de Aquiles en el averno. A lo largo de los siglos, millares de lectores han visto re-presentada, y han “re-vivido”, la muerte turbida de Héctor. La métrica y las figuras retóricas forman parte inextricable de tal “suceso”. El ritmo verbal de quien narra un masivo choque de lanzas y escudos tiene que comunicar el estruendo, tiene que estar a la altura de drama tan intenso ¡Canta, oh diosa, la cólera del pelida Aquiles! El objeto del verso es un objeto que se canta simultáneamente desde el más acá y el más allá con el auxilio del talento “literario” y de la diosa. La mimesis no es labor de fotógrafos sino que de cantores empiristas y, al mismo tiempo, visionarios. Cuando se acepta que en la voz de un hombre puede estar involucrada una deidad, se reconoce la importancia de la palabra y se legitima su atención, su cuidado. Cuidarla no implica tan solo cuidar su sentido, implica también reconocer y pulir sus figuras, su entidad como significativa, su especificidad como música. El don de la palabra, para el griego de los tiempos homéricos, ya era algo más que un mero lujo. Sería un error suponer que en la antigua cultura griega todo el mundo pensaba lo mismo acerca del concepto y las implicaciones de la mimesis literaria. El poeta incluía en la palabra el sentido y el latido vital que producía la semejanza rítmica y significativa entre la palabra poética y el mundo. En tanto que música significativa el poeta tenía como destinatario un hombre donde no estaban divorciadas la mente y el cuerpo, lo sensible y lo invisible.

La muerte de Santa Claus

MIGUEL ÁNGEL CHINCHILLA
Escritor

Tremenda trifulca se armó en las graderías populares del estadio: las barras contrarias cada una vociferando sus consignas se enfrentaron rabiosas mentándose la madre y queriendo sacarse la fresa con lo que cada quien tenía a la mano.

Era el primitivismo supino que la bestialidad disfrutaba más que el propio partido que acababa de La policía intervino rociando gas pimienta y repartiendo garrotazos con sus macanas a diestra y siniestra, pero aquella canalla como un monstruo desatado más se enardecía con la intervención

de los cuilios protegidos con sus cascos y escudos antimotines.

De pronto se escuchó la detonación de un disparo y el cuerpo enorme y flácido del gordo Santa Claus se vino rodando graderías abajo, ante la mirada atónita de aquellos energúmenos que tal parecía estaban esperando un desenlace con semejante colofón.

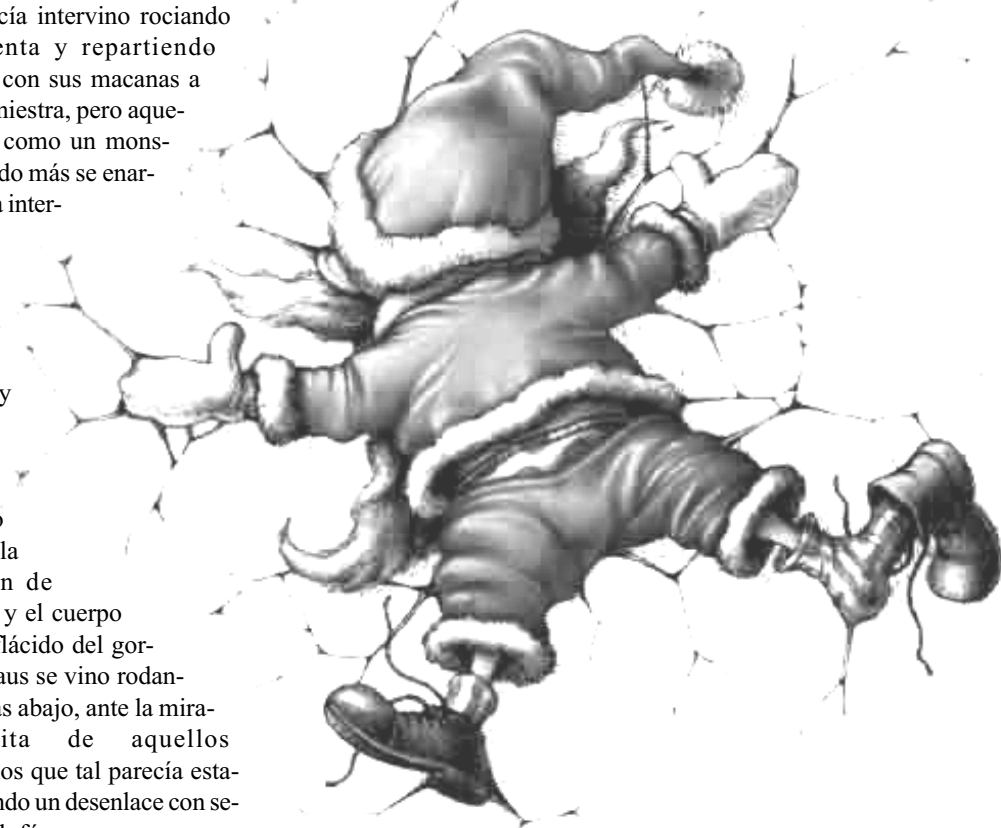
En el instante entonces, aparecieron los camilleros socorristas mientras los policías desenfundaban sus armas de fuego al escuchar las voces de la turba acusándolos de haber disparado contra Santa Claus. Un par de balazos al aire fueron suficientes para dispersar a la gente que a pesar de la euforia huyó desfavorida.

Santa Claus pesaba alrededor de trescientas libras y era uno de los animadores más bullangueros de su barra. Bebía cerveza como un Pantagruel y todo el partido se lo pasaba engullendo hot dogs, tortilla con carne de chuchos y cualquier comida chatarra de la que venden en el estadio.

Tenía un pick up con el que hacía

viajes en el mercado central adornado con calcomanías del Barza y fotos de Ronaldinho, y le decían Santa Claus desde que en alguna navidad, una tienda de juguetes lo había contratado para disfrazarlo como el famoso personaje nórdico, mientras sonaba un cencerro y sin ganas se carcajeaba jojojo.

Mas, lo que nadie sabía, sólo yo y ahora ustedes, es que un tío por el lado materno de aquella niña que actualmente es una preciosa adolescente, ingresó hace años a la academia de seguridad pública graduándose como policía, y esa tarde de la trifulca en el estadio andaba de servicio como agente de la unidad de mantenimiento del orden público, lo cual no quiere decir que



Sin embargo el papel de Santa Claus no le duró mucho, ya que un 23 de diciembre lo pescaron haciendo deshonestidades a una niñita de siete años, que sentada en las piernas del gordo le repetía entusiasmada su lista de juguetes, mientras el obeso asqueroso le tocaba su cosita a la muchachita.

En dicha ocasión estuvo procesado judicialmente pero como no existían pruebas suficientes para condenarlo, el juez de la causa lo sobreesayó.

El papel de Santa Claus no le duró mucho, ya que un 23 de diciembre lo ...

haya sido él quien disparara contra Santa Claus, ya que de todos modos el resultado de la autopsia decía que la bala que ultimó al gordo no correspondía con el equipo que usan los policías, aunque también es de tomar en cuenta que el médico forense que practicó la necropsia es primo de la cuñada del dicho agente,

es decir que a saber entonces quién disparó contra Santa Claus, la cosa fue que lo mataron en el estadio y parte sin novedad.

EL QUIJOTE PERIODISTA

POR JORGE DHEMING VALLE

I

Es Quijote y Periodista,

que lucha por sus ideales,

llevando su pluma en ristra,

Combate vicios y males...

II

Fiel a su noble destino,

Derriba muros y vallas,

Su trinchera es Co Latino,

Donde gana mil batallas.

III

Y aunque es muy fiera su lucha,

Él sigue en su Rocinante,

Y si Sancho, no le escucha,

NO IMPORTA, SIGUE ADELANTE...

IV

Y así pasará en la historia,

de su patria, tan querida,

ganando cada victoria,

y sanando cada herida...

V

Si quieres saber quién es?

Os pido tengas paciencia,

de la cabeza a los pies,

nadie más podría ser,

SOLO: FRANCISCO VALENCIA.

Poema cortesía del autor para el Suplemento cultural 3000

Teodeyo

CAROLINA LUCERO
Poeta y escritora

Teodeyo contempló su obra. El “bía astado trabajando duro para lograrlo”. Lentamente había colocado cada una de aquellas baldosas de cerámica, hasta que pegaron bien. Si bien las noches estuvieron húmedas y tembelequieras, el Teodeyo no se había dejado vencer, ya que su deseo de agradar al sacerdote era más fuerte que las propias necesidades básicas. Don Luis, que tenía su casa de campo en la zona de Los Palones, cerca “onde estaba la parroquia”, veía con compasión a aquel pobre hombre. Su deseo de aconsejarlo era irrefrenable, —psicólogo al fin—, «Mirá Teodeyo, deberías irte a descansar un poco, o por lo menos tomarte un plato de sopa, para que no perdás la fuerza, no es bueno que te gastés tanto, se te va a acabar la emoción...» El Teodeyo sonreía. Sabía que aquellas palabras estaban salidas de la buena intención, del deseo genuino de contribuir a una vida libre de los pesares cotidianos... pero qué sabe un psicólogo del deseo increíble que se lleva en el alma, de la angustia ensimismada de alcanzar el éxito a través de una obra, de la pasión que aquel corazón entregaba ladrillo a ladrillo, estableciendo el sello que aquel hombre imprimía a la parroquia, así fuera a costa de su propia vida. El cura Goyo había recibido la donación de porcelanas y azulejos de terracota después que don Casimiro se había ido a confesar. “Seguramente eran pecados bien grandes” murmuraba la gente del cantón. “Mira que traer esos azulejos de tan lejos para este pueblito chuco”. “Algo grande tiene que ser lo que le ha sido perdonado”. Fuere cual fuere el motivo de don Casimiro, lo cierto es que aquellos azulejos se veían preciosos. El listelo adornando las orillas del marco de la puerta de la entrada principal daba un toque de elegancia al lugar. Don Casimiro se había preocupado por aportar vidrios cuyo brillo estupendo y brillante eran simplemente maravillosos al resplandor de la luz que ingresaba por el oriente. Revestidos de esmalte, los azulejos impactaban al visitante. Teodeyo se había preocupado de afianzar bien las porcelanas y las terracotas, a fin de que los parroquianos sintieran orgullo de su pueblo y del trabajo que aquél le imprimía a la estampa principal del



mismo.

El portal de la parroquia se dejaba ver espléndido. Algo había en el alma del Teodeyo que instintivamente le dictaba el método para pegar los bloques. Se sentía poseído por aquella extraña fiebre que le había sido insuflada desde alguna parte del universo. Trabajar para construir la obra era todo lo que había deseado en la vida. Los listelos del portal fueron adquiriendo un aire místico gracias a la inversión de su esencia. Su alma albergaba una extraña adoración hacia cada uno de ellos. Listelos de Alhambra, mezclados con la cerámica italiana, que hicieron un juego impactante a la vista. Después todos habrían de decir que era indudable que el impacto no se debía al esmalte del que estaban revestidos, sino al alma misma del Teodeyo que quedó impresa por cada vez que había tocado su obra.

Don Luis se había acostumbrado a entrar al cantón alrededor de las dos de la mañana entrados los sábados, después que dejaba concluidas las cosas de sus pacientes allá en la ciudad. Al pasar por la iglesia en aquella semioscuridad, parqueaba su camioneta cuatro por cuatro dorada cerca de la estatua de la Chabela, y se bajaba a platicar con el Teodeyo. Lo miraba con curiosidad científica. Se decía a sí mismo lo increíble que era el ser humano al perseguir sus sueños con tanta fuerza. Otra vez volvía a repetir sus terapéuticas palabras: «Mirá Teodeyo, deberías irte

a descansar un poco, vas a perder la fuerza, no es bueno que te gastés tanto, se te va a acabar la emoción...» El Teodeyo otra vez sólo sonreía.

El Teodeyo no siempre se llamó así. Existió ese tiempo en el que sus tatas le bautizaron como Yoni Canjura. Desde muy pequeño, el Yoni se sintió atraído por el trabajo de albañil. Así, en vez de ir a la escuela juntos con los demás cipotes, se iba a ayudar a su padre a hacer trabajitos que le fueron nutriendo la habilidad y la competencia. La arquitectura era una cosa que le fluía por las venas y así se fue aventando a hacer los repellos y los arreglos de las casas de los señores importantes, hasta que don Luis le encargó transformar el portal de su casa. Como era su primer trabajo importante, el Yoni se esforzó en hacerlo. Así, pegó y repelló con gran amor y luego se fue a dormir a su casa. Trágico fue para el Yoni darse cuenta al día siguiente que algunos cipotes que no tenían nada que hacer le habían desbaratado el portal. Entonces, como salido del mismo infierno, —que se escuchó en todo el cantón— había gritado a todo pulmón diciendo: «Mejor díganme te odeyo, pero no me arruinen el trabajo, claramente díganme que me odeyan, qué les cuesta, de frente díganme te odeyo...» Aquellos gritos parecían llamaradas de fuego saliendo de alguna parte del más allá, que sin duda nadie quedó convidado a meterse con él.

Era de espersarse, que los traviesos

muy pronto comenzaron a llamar al Yoni como Teodeyo, pero nunca más se metieron con su trabajo. Teodeyo no decía nada. Muy secretamente agradecía aquel silencio en torno a él.

En esos ires y venires, Don Luis se

El Teodeyo no siempre se llamó así. Existió ese tiempo en el que sus tatas le bautizaron como Yoni Canjura

fue acostumbrando también a llevarle su cafecito de la Chevron que quedaba por San Marcos. Le llevaba además su hotdog que aunque no llegaba caliente, el Teodeyo se acostumbró a esperarlo. Aquel hotdog de la madrugada era suave como el rocío, como la caricia de una flor, como el néctar de una colmena... Y es que nadie sabía que el Teodeyo estaba tan ocupado que sin darse cuenta se estaba dejando morir... Sólo cuando el hotdog caía en aquel estómago era que él se daba cuenta que necesitaba comer. Luego de la acostumbrada charla con don Luis, el Teodeyo prometía ir a su jacalito y cocinarse la sopa que aquél suge-

ría. «Mire patroncito», decía «lo que pasa es que mi viejita se murió deseando que yo hiciera una gran obra para el pueblo... por eso hoy que tengo l’oportunidá, quiero que mi magrecita se sienta orgullosa de mi desdiayá arriba...» y agregaba «Para qué quiero ir a mi jacal, si nadie me espera... mejor toy aquí feliz haciendo lo que me gusta... Así el ñor cura hará una bonita misa de Navidad...»

Don Luis se dio cuenta que nada podía torcer la férrea voluntad de aquel hombre. Su extrema sencillez interior convertida en grandeza de arquitecto, le hacía transformar aquellos bloques de cemento, en toda una obra de arte. Era innegable aquel espíritu guerrero. Ya hubiera querido él tener gente con esa determinación en sus días de cuartel. Entonces, ahora, sólo podía encogerse

de hombros y dejar que aquel hombre siguiera con su cometido. Si cumplirle el sueño a una muerta era importante, ¡quién era él para ir en contra de aquellos deseos! Ni el mismísimo Maslow y su pirámide de necesidades podría haber advertido que el ser humano puede ser capaz de renunciar a lo esencial por conseguir un sueño...

Llegaron aquellos días en que se celebraría la Navidad y las porcelanas estuvieron colocadas en su totalidad. Las temperaturas de las mismas podían apreciarse en todos sus interiores. Desde lejos en la distancia, las terracotas ofrecían una visión casi gloriosa de la parroquia. Ya dentro de la misma, el Santo Niño Jesús parecía una iluminación espectral en aquel pesebre junto a San José y a la virgen María. La parroquia brillaba debajo de la luna. El Teodeyo se había preocupado por limpiar todo exceso de cemento. Había pulido cada uno de sus amados azulejos. Había abrazado la pila bautismal mientras colocaba la última terracota de baja temperatura. Había besado el altar y le había agradecido al Todopoderoso por la grandiosa oportunidad de ofrecerle el tan hermoso regalo de su trabajo. Nosotros bíamos visto al Teodeyo salir de la parroquia con el rostro lleno de felicidad. «Quiubo cipotes...» bía dicho «¿Van a venir a la misa de Navidad? El cura Goyo va inaurar el recinto mañana por la noche...» Nosotros asentimos con la cabeza. Íbamos de prisa porque nuestras amás loj estaban esperando para cantar el ensayo de la misa

/Sigue en página 7

Crónica de un Poema

Prohibido de José Roberto Cea

JUAN CARLOS VELIS PANIAGUA

Actor, Escritor y Guionista

Todo se puso como en cámara lenta. Para mi sorpresa el tal Gerardo Brizuela estaba sentado a la par mía, esperando su turno para concursar con el grupo musical representando al colegio. Pasaron todos los de oratoria, después los grupos musicales y por último el concurso de poesía. Yo fui el sexto de los diez estudiantes que recitaron a nivel nacional, Zelada el tercero quien recitó muy bien y Gómez el de 9 "A" y el noveno en la lista. Cuando llegó mi turno, antes de caminar hacia el escenario, lo juro, sin mentir, el tal Gerardo, el muy tonto me dice: Trata de perder. No ganes. Como tratando de ponerme nervioso o que se yo. Yo solo me di vuelta y me reí sin ponerle nada de atención. Claro el quería decir que el colegio no había podido ganar este año porque él no estaba participando en poesía. Aunque Walter Flores, otro alumno del Chaleco y actor del canal ocho ya me había dicho el año pasado que si yo hubiera estado en el colegio y Gerardo y yo hubiéramos concursado juntos yo le hubiera ganado. Recuerdo que el tal Gerardo se puso la medalla como por tres días durante los repasos del programa Fantasía en el que actuábamos. Todo eso se me vino a la mente entre los diez pasos que di entre mi asiento y el escenario. Y le doy con el tal poema "Pregones del Amanecer", de Waldo Chávez, aunque a mí me gusta más el poema de José Roberto Cea, es más genial para haber representado al colegio.

Hasta ahora cuando tengo alguna audición, trabajo de cine, televisión o teatro, mi estilo es aprenderme bien todo hasta al revés, para así concentrarme en lo que realidad importa y quiere el personaje y no estar pensando en recordar mis parlamentos. Y si de verdad, de ese día, solo recuerdo haber dicho las primeras tres líneas y de allí en adelante como que me salió de mi cuerpo y no regresé del trance hasta en el último párrafo del poema.

Desperté y caí en la cuenta, cuando oí de repente que en segundos, explotó la lluvia y truenos de aplausos de todo el público. Regresé a mi asiento y sin paja, lo chistoso es que todos aplaudiendo menos el tal Gerardo, se le notaba a primera vista su envidia y su egoísmo, pues era un idolatra de sí mismo. Pasaron en seguida los otros cuatro estudiantes que faltaban. Recuerdo a uno del Francisco Menéndez (INFRAMEN), a otro del Liceo Salvadoreño y otro del Externado San José que recitaron muy bien, por cierto. Al final del concurso, se levanta un juez y se dirige hacia el escenario.

Veo hacia el público, el juez me da la medalla y veo al profe muy orgulloso de todo lo que alcanzamos y hemos vivido con el concurso



Toda la mara socando y con los dedos cruzados. Yo tranquilo, concentrado y claro con las ganas de que mencionaran mi nombre, no lo mientan.

- Felicitaciones a todos los alumnos por el buen trabajo que demostraron durante esta semana de la Juventud. Dice el juez. A continuación vamos a dar los resultados. Creo que es el momento que todos estamos esperando.

Recuerdo que el colegio quedó en segundo lugar en la rama de Oratoria, en música el grupo donde Gerardo tocaba el órgano quedó en primer lugar. Todos los del Chaleco aplaudiendo. En la rama de declamación de poesía, el tercer lugar lo ganó el muchacho del INFRAMEN, mientras el muchacho recibe su medalla, Zelada me dice suavemente: Con tal que no gane el del Liceo. El Liceo Salvadoreño era el peor enemigo del colegio por ser rivales en Básquetbol a nivel nacional y recuerdo que nos habían ganado con un marcador muy apretado a principios de la semana para los Juegos Estudiantiles del Gimnasio Nacional y que el canal 8 los filmaba en vivo. El juez continúa dando reportes del concurso:

- El segundo lugar Víctor Manuel Zelada del colegio Santa Cecilia y el primer lugar también del Santa Cecilia -Y explota toda la mara y mientras camino hacia el escenario todos gritan ¡VELIS!, ¡VELIS!, ¡VELIS! Y los aplausos no cesaban. ... Veo hacia el público, el juez me da la medalla y veo al profe muy orgulloso de todo lo que alcanzamos y hemos vivido con el concurso. Ya han pasado 25 años y hoy con la tecnología de la Internet y sitios sociales como el Facebook y el Twitter, he logrado ponerme en contacto con varios de mis compañeros del colegio. Uno de ellos me recordó estas gratas memorias que se habían ido con el viento, cuando me escribió para contarme que anoche había muerto el padre Director. Saludos desde Toronto Canadá a toda la mara del Chaleco de mi tiempo.

templó su obra una vez más. El "bía estado trabajando duro para lograrlo". Pudo ver el rostro de sus padres lleno de orgullo por el trabajo bien hecho de aquel hijo que había perseguido sus sueños venciendo todas sus necesidades básicas. El Teodeyo sonreía feliz, porque para Navidad había entregado todo su amor, toda su creatividad, todo el esplendor de que un humano pueda ser capaz de dar sin esperar jamás recompensa. Pudo también ver el hermoso rostro de Jesús sonriéndole desde ese lugar maravilloso en donde sólo habita el amor más puro del universo.

El cura Goyo alabó las manos del Teodeyo. Alabó la gracia del Señor Jesús que había inspirado en él aquella poesía llamada parroquia, a través de cuyos vitrales se respiraría esa atmósfera de paz que solo viene del corazón limpio de un hombre que ama su trabajo...

Lentamente había pasado la noche. Cuando todos salimos de la misa nos asombramos de ver al Teodeyo sentado, sonriendo junto a la cruz de la fuente. Su rostro parecía un Marcelino dirigiendo sus palabras a la divina gracia. Su rostro, que se quedó sonriendo para siempre.

Viene de página 6/

del niño y había que hacerlo bien... Al día siguiente era el veinticuatro de diciembre. Todos vieron que el Teodeyo se bía sentado muy cerca de la fuente de la iglesia que también él mismo había construido con aquel gran crucifijo que serviría para alejar el hijillo de la Chabela y que el mal no se acercara jamás a la parroquia. Algunos juran que lo vieron cantando el Gloria celebrando el nacimiento de su amado niño Jesús.

Mientras la misa se celebraba y todos felices cantaban adentro, Teodeyo con-



Carlos A. Burgos

PROSALEGRE

VAMOS TODOS A BAILAR

Cada año la elección de la Reina de la Caña de Azúcar de Cojutepeque es un problema típico con típicas soluciones, pero no todos quedan conformes con los resultados.

Antiguamente el Comité de Festejos nombraba a la reina entre las jovencitas de la sociedad, generalmente estas señoritas no alternaban con su pueblo sino con gente de la capital.

En la década de los ochenta, con la moda de la democratización, cada vez se ensayaba una modalidad distinta, pero siempre había dificultades. Cuando el voto era vendido ganaba la candidata cuyo papá le compraba más votos. Otras veces, se las ingeniaban para que ganara la hija del compadre del alcalde o la sobrina del gobernador.

Pero uno de estos años el proceso tenía que ser diferente. Se integró un Jurado con cinco miembros. Un pintor de apellido Martínez para apreciar los colores faciales y del vestuario; un periodista para analizar la libertad de expresión oral y ver si tienen algo que sea noticia; un funcionario de turismo, el licenciado Lechevallier, para observar si tienen buen paisaje para representar al país; una exreina quien calificaría si pueden caminar y hacer la paradita con risita y dar la media vuelta con saltito llevando la mano en la cintura, todo con gracia y ritmo, así como se hacía en el concurso de las misis. A mí me nombraron quinto miembro del Jurado. Como me desempeñaba como Director de la Televisión Educativa Canales 8 y 10, me presenté con las cámaras para cubrir tal evento, y observaría si las aspirantes tenían cultura y si conocían algo del país. Además, llenaríamos una matriz con todos los aspectos generales a calificar de cada candidata de acuerdo con criterios específicos.

A las nueve de la noche nos reunimos en la pista de baile de la Alcaldía Municipal, situada en el centro, detrás de la iglesia de San Sebastián. A esa hora ya estaba abarrotada con los seguidores de las candidatas. Recuerdo que participaban los barrios San José, San Juan, Concepción, Santa Lucía, El Calvario y San Nicolás, y las colonias Cuscatlán, Fátima y Díaz Nuila. Toda la gente tenía puesta su mirada, no en las candidatas sino en los miembros del Jurado. Y comenzó el desfile de las señoritas. La gente, apretujada, casi encima de ellas, no las dejaba caminar ni actuar libremente. Para cada una los aplausos y hurras eran atronadores.

El Jurado estuvo por un momento indeciso, a pesar de tener claros los criterios con que calificar. La elección resultó difícil: todas ellas eran dignas de ser elegidas. Después de la eliminatoria quedaron dos. Aquí el Jurado no avanzaba. No se podía discutir ampliamente porque la gente estaba casi encima de la mesa. Ya se oían las frases: ¡se han vendido! ¿Cuánto les han pagado?

Por fin hubo decisión. Se anunció el nombre de la candidata mejor calificada y sus parciales aplaudieron y gritaron de alegría. Los contrarios silbaron, abuchearon, tiraron ramos y sombreros. Estaban furiosos.

Pero inmediatamente se inició la alegría. «Vamos todos, todos a bailar... ¡Adentro, Cojutepeque!» y las orquestas no pararon hasta el amanecer.

Los miembros de Jurado nos retiramos dejando el alboroto. Fuimos conducidos a la amplia oficina del alcalde, quien con mucha cortesía nos invitó a compartir una botella de ron con bocadillos, mientras él con la comisión de finanzas se dedicaban a contar sobre una mesa unos volcanes de billetes, producto del pago de la entrada al baile con lo que costearían parte de los gastos de la fiestas de cada barrio.

De pronto pasaron frente a la puerta de esta oficina unos partidarios de las candidatas perdedoras y gritaron:

— ¡Ya están contando el pisto para platear al Jurado!

Y se regó esta gran bola. Ya no terminamos de comer ni beber y salimos disfrazados con sombreros y pañoletas al cuello, con mucha precaución, mientras resonaba la alegría: «Vamos todos, todos a bailar... ¡Adentro, Cojutepeque!».

GUILLERMO MARTÍNEZ
Suplemento 3000

Crear, crear, crear ¿qué voy a hacer? no tengo todavía la idea clara. Casi siempre sé lo que va a estar sobre la tela, pero esta vez no, da igual, quizá es mejor. Aunque siento una

sensación extraña correr por mis brazos, por mis dedos, en mi mente. Mis ojos ven el lienzo en blanco como un cazador ve a su presa antes del ataque, como un enamorado ve al amor de su vida. No quiere que se le escape ningún detalle; aunque sobre el blanco no haya nada y allí mismo este todo.

Estoy parado frente al caballete, primero con los brazos cruzados sobre el pecho, luego en la típica posición del que sus pensamientos vuelan, cuatro dedos sobre la boca, uno bajo la nariz. Me froto el pelo a nivel del occipital una y otra vez, quizá porque eso relaja. No sé cuánto tiempo he pasado así, no importa. De todos modos el tiempo no importa, el tiempo no existe, solo está el blanco y una idea que todavía no cuaja. Tampoco esto afecta, de alguna manera va a conocer la luz, a su tiempo, cuando las ideas surjan quien sabe de dónde.

Lo importante es perderse y aprovechar cada momento que no tiene tiempo. Nada existe alrededor, más que ese blanco sobre el bastidor y el caballete. Me doy cuenta que tengo las palmas de los pies helados por permanecer quizá mucho tiempo en la misma posición. Estoy casi desnudo, solo con un bóxer, hace calor. Las leyes naturales también reclaman lo suyo.

Sin casi darme cuenta, por impulso, tomo el bastidor y lo coloco sobre la mesa. He visto polvo de yeso y pegamento blanco, comienzo a hacer una mezcla que se parece al turrón y lo comienzo a embadurnar en el lienzo. Todavía está fresco y maleable, comienzo a jugar con texturas. No tengo espátula y corro a buscar algo que sirva. Un cuchillo, muy pequeño. Una cuchara sirve pero no me satisface. Me detengo a pensar de nuevo. Camino un poco, las palmas de los pies aún están fríos pero casi ni lo noto. En el ambiente suena una mezcla de violines, chelos, voces de sopranos y rock. Una gran combinación. Los holandeses de Épica contribuyen al ambiente.

Se me ocurre otra idea, una bolsa plástica arrugada puede ayudar. La hago puño y comienzo a presionarla con delicadeza sobre el yeso que todavía está fresco, saltan figuras sobre la tela como queriendo decir algo o como si muchos insectos hubieran caminado sin rumbo sobre él. Creo que ahora sí comenzamos con el lienzo a entendernos y estoy empezando a comprender lo que me quiere decir.

Una historia sobre el vacío del blanco



FOTO Y PINTURA SUPLEMENTO TRES MIL/GUILLERMO MARTÍNEZ

Pero cometo un error beneficioso, en un movimiento no planificado hago una línea vertical y parece que el juego con las texturas será más divertido así. Sin más espera, líneas verticales comienzan a surgir de principio a fin, de arriba hacia abajo. Parece que son surcos de sembrados donde no existe el sol por su tonalidad blanca. Sí, era lo que buscaba y que aún no sabía.

Camino un rato por el lugar y veo por momentos el cuadro que todavía no nace. Estoy convencido, me gusta. Coloco otra vez el lienzo sobre el caballete y de nuevo la posición del que piensa, quien sabe porque se toma esa postura. Para el que no sepa, esto es divertido y lleno de adrenalina. Es una de las cosas más divertidas con ropa puesta. Bueno en este momento casi sin ropa.

El rojo, un rojo intenso, brillante, pero que no entre en pleitos con la mirada quedaría perfecto sobre la textura en el lienzo que espera su baño de color, como cuando la tierra grita por la añorada lluvia al final de un verano muy caluroso.

Busco el rojo y salta un arcoiris de decenas de colores, encuentro uno pero es muy oscuro y opaco, el otro es muy claro y poco brillante. Pien-

so en una mezcla pero no da resultado. De todas maneras es de madrugada y los colores caprichosos se muestran de una manera de noche y de otra en el día. Parece que les gusta jugar un poco con el pobre ansioso que esta frente a ellos. Y los imagino reírse de

mí de manera cariñosa y decir "Ve a dormir, ya que la madrugada llega y nosotros no nos vamos a ninguna parte". Si en realidad me dijeron eso, tienen razón y hay que dormir; de todas maneras ya sé dónde encontrar el carmín que necesito. A la mañana siguiente salgo a buscarlo al centro de ciudad, llego al lugar y allí esta como esperándome. Me lo muestran, e inmediatamente sé que lo encontré. La ansiedad de nuevo viene a visitarme con un aviso que dice que me apure en regresar a casa. Ahora el tiempo sí existe y los minutos se estiran como si fueran de hule.

Llego a mi casa-taller, saco el recipiente donde viene el color que dará los primeros alientos de vida al lienzo y busco el pincel adecuado, en esta ocasión más parece brocha por

El rojo, un rojo intenso, brillante, pero que no entre en pleitos con la mirada quedaría perfecto sobre la textura en el lienzo

su tamaño. Con emoción, cada parte del bastidor empieza a recibir el escarlata, cada ranura, cada surco, cada cresta tiene que recibirla y no se permite que haya alguna parte en blanco. Ahora sí sé como resultará todo al final. Será un rectángulo de casi un metro de alto por un poco menos de ancho. En cualquier lugar donde se le coloque llenará su espacio y será brillante; un rojo brillante; será sencillo pero tendrá fuerza; desde cualquier ángulo que se le vea dependiendo la luz que este sobre él, podrá variar pero al final siempre será el mismo.

El lienzo ya desborda vida con su color rojo recién colocado, parece que quiere mostrárselo a todos pavoneándose. Tiene derecho. Pero hay que esperar a que seque para poder observarlo mejor; y como la noche anterior, lo siento reír, pero ahora de felicidad. Yo también estoy contento y ahora si nos entendemos. Cada cierto tiempo voy a verlo y allí esta, brillante de alegría. Pero surge otro error afortunado, aparece quien sabe de dónde una

mancha color naranja, sobre la cama carmín y al verlo detenidamente parece una cabeza humana. Es interesante, puede surgir algo diferente sobre el lienzo manteniéndose sencillo pero con fuerza. Ahora siento que la tela en rojo me dice: "mira, fijate bien, puedo ser más que rojo y también puedo contar algo". Hago caso.

Una línea vertical naranja con el dorso de un pincel plano y grueso provoca una figura de hombros, continúa y surgen torso y extremidades inferiores. Un toque de turquesa claro sin destino sobre el rostro y parece que me ve; sorprendente, el bastidor sabía que había alguien allí. En ese momento me alegra que hayamos aprendido a comunicarnos. Ahora trabajamos juntos.

Amarillos y blancos verticales sobre el pecho, un poco de amarillo y violeta en las piernas y sí, alguien esperaba ver el mundo desde ese lado y tiene movimiento. Parece extraño pero está sucediendo. Pero hay más gente caminando, unos a más profundidad, otros más cercanos. Unos vienen, otros van; aunque todavía están en el mundo de las ideas. Con la misma técnica del dorso del pincel y combinaciones de los colores anteriores, apoyadas por algunas pinceladas de rojo oscuro que surgen de alguna necesidad desconocida, me doy cuenta que les ayudo a surgir desde ese otro lado desconocido. Del mundo de la fantasía que viene a dar color a las vidas de nosotros los dormidos.

Pero parece que vuelan, falta algo y no está completo. Sencillo, ahora coloco líneas horizontales bajo las figuras usando los mismos colores. Resuelto, la idea que inició en etapas está finalizada. Me alejo un poco y al momento surge la historia, la que el lienzo me quería mostrar. Lo comprendo rápido, es una historia que he visto demasiadas veces. Es una multitud de desconocidos que pasan unos junto a otros sin darse cuenta de su presencia; de la historia de lo que se ha vuelto nuestra sociedad en la que vale más tener que ser; en la que no eres nadie si no eres alguien; en la que si tienes los bolsillos llenos eres interesante, inteligente, bonito o bonita y hasta sabes cantar; es la historia hartamente repetida de la soledad en medio de la multitud.

Eso me quería mostrar la pintura que nació sin que yo tuviera una idea clara en el inicio del proceso de creación. Creo que ella ya sabía lo que poseía dentro del vacío del blanco y me probó para conocer si yo tenía la paciencia de descubrirla y poder trabajar con ella. Ahora la cama me muestra orgullosa y solemne su historia y yo estoy orgulloso de ella. Ahora somos verdaderos amigos y logró contar la historia que tenía guardada para nosotros, la historia de los dormidos.